

esistencia, aparece como esposa y compañera del mismo amor.

Otra peculiaridad de la literatura de la edad media, era la adoracion tributada á la *Margarita*, como emblema de cuanto hay amable en la muger. No está muy averiguado cómo esta flor tan humilde fué preferida al lirio, que tanto estimaban las reinas y á la suntuosa rosa: parece que todo proviene de que la querida de uno de los antiguos poetas provenzales se llamaba Margarita, y despues esta flor se hizo de moda y tenía algo de poética mitología. En el poema de "*La Flor y la hoja*," de Chaucer, se acercan cantando un coro cuyo ritornelo dice: "qué dulce es la margarita."

MR. S. JAMIESON.

(Traducido para el *Presente Amistoso*.)

## A UN SAÚZ SECO.

SONETO.

Tu á cuya grata sombra, en otros días

Viniera Elisa á descansar conmigo,

Arbol que fuiste de mi amor testigo

Cuando tus ramas sobre mí tendías;

¿Cómo pensar que así te secarías?

¿Cómo pensar que tu ramage amigo

Que fuera de las tórtolas abrigo,

Marchitarse y caer pronto verías?

¡Ay! tu vida pasó como las flores,

Tambien las horas de mi amor pasaron

Fugaces como el aura perfumada;

Me queda por consuelo á mis dolores,

Un tronco que los tiempos respetaron

Para grabar tu nombre, Elisa amada.

Febrero de 1851.—FRANCISCO GONZALEZ BOCANEGRA.

---

---

## LA ORACION.

---

(VICTORIA.)

NUNCA se conforma el hombre con la vida material; siempre anhela suaves emociones de ternura; siempre desea impresiones vehementes, y hay una voz íntima y misteriosa que nos anuncia que hay en nuestro ser algo mas que la carne que se corrompe en la tumba, algo mas que la materia que se mancha y se debilita. De ahí la necesidad imperiosa del sentimiento y de la contemplacion. Se tienen ideas halagüeñas, doradas esperanzas, bellísimas, se cree que el alma pueda encontrar en este mundo todas las delicias morales que desea; se obtienen algunas; pero duran tan poco, son tan efímeras, que despues queda el corazon aislado y sin consuelo. Se buscó la relacion bellísima de los espíritus, pero estos tambien nos abandonan, vuelan á regiones desconocidas, y entónces necesitamos seguirlos, nos queda su memoria en el dolor, último



*Victoria*

resto de purísimos placeres, como de la rosa que perfumó el ambiente queda tan solo la punzante espina.

Bien sea por este cruel aislamiento en que el mundo se convierte en desierto espantoso, ó bien por el vacío que dejan las ilusiones destruidas, y las esperanzas burladas; ó por la melancólica contemplación del universo, que convence de la miseria del hombre en el vasto conjunto de la naturaleza; el alma siente la necesidad de elevarse á regiones superiores, de abandonar de vez en cuando una mansión de cruentos martirios, y sufriendo resignada sus padecimientos, implorando un débil consuelo, ó pidiendo que se reanime la fé que el infortunio amenaza extinguir, en un éxtasis casi divino, en alas de la oración, el espíritu se eleva hasta el trono de Dios.

¡Qué tierna y qué sublime es la oración! Las almas que no han probado la amargura de la tierra, las que han gozado de delicias morales, y están exentas de dolores y de remordimientos, sienten la mas dulce, la mas pura gratitud, y se recrean en adorar al Ser inmenso, que asentado en los cielos enciende con sus miradas el sol y las estrellas. Pero llega el dolor, como retumba el trueno en la tranquila bóveda de los cielos, y entónces ¿de dónde esperar consuelo? ¿De un mundo frio, indiferente, para quien las penas son motivo de desprecio ó de irrisión? ¿De todas esas quimeras deslumbrantes que seguimos con ardor para verlas desvanecer fugaces como la sombra de la golondrina? No, si hay algun alivio para las llagas del corazón, si hay algo que pueda no endulzar la existencia, sino hacerla llevadera cuando está sembrada de desgracias, es la oración, la oración viva y llena de fé.

Cuando se ora en medio de la felicidad, se conoce lo que ella vale, y se estima mas la virtud y la tranquilidad de la conciencia que todas las pompas del mundo. Pero cuando se ora en medio del infortunio, se recobra ánimo y valor para apurar hasta las hezes la copa del dolor, para sufrir resignado, sin ecshalar una queja impotente, sin entregarse á una desesperacion insensata. Se sufre por los bienes perdidos; pero nada es nuestro en la tierra, y jamás podremos comprender los designios de la Providencia.

La oracion hace soportable la desgracia, reanima la fé y enciende consoladoras esperanzas. La oracion de la infancia y de la inocencia es tan bella como el perfume de las rosas que se abren al amanecer y se pierde en el cielo; la oracion de la vírgen huérfana y desolada debe ser grata al Padre de todas las criaturas. ¡Qué suave y qué bella es esa emocion inesplicable que arranca suspiros del corazon y hace derramar lágrimas, cuando al pié de los altares se recuerdan todos los males sufridos y se siente un bálsamo de consuelo que ayuda á soportar la carga de la vida, como la gota de rocío, que anima á la flor que doblaba sus corolas é inclinaba triste su cáliz, á los rigores de un dia caluroso!

El alma del justo, del que conoce que la vida es una peregrinacion sembrada de abrojos, casi no vive en la tierra, sino que desprendida de sus mentidos placeres y de sus reales dolores, por medio de la oracion se eleva hasta la morada feliz en que no se padece ni se llora. Estas creencias ardientes y llenas de fé son la recompensa de la verdadera virtud. Por eso, las mugeres de una pureza angelical, aman tanto la oracion. Ora la vírgen casta y sencilla para poder conservarse

inmaculada, ora la esposa por el objeto de su amor, y ora la madre con fervor y con entusiasmo por la suerte de sus hijos. En la agonía de la muger santa, su última plegaria es por sus hijos, y despues vuela al cielo para velarlos desde allí, como los veló en la cuna que mecia con dulces cantos.

Si se ha abandonado la senda de la virtud, si el corazon tiene que recordar faltas, vicios ó crímenes, se tendrán remordimientos y se sentirá una viva inquietud, una necesidad de implorar misericordia al que conoce los mas profundos arcanos de la conciencia, ¡oh! y entónces es preciso hundir la frente en el polvo, y entregado al mayor arrepentimiento emprender una vida de espiacion para que la oracion sea tan consoladora como la de la inocencia, para que pueda destilar en el alma su bálsamo reparador y saludable.

La debilidad de nuestro espíritu, los dolores de nuestro corazon, solo en la oracion encontrarán consuelo. En medio de la soledad de las meditaciones religiosas, en las tinieblas de los templos que apenas disminuye el resplandor vacilante de una lámpara, ó en la calma de la creacion, Dios escucha sin duda las plegarias de la criatura, porque el dolor disminuye y crece la fé y casi se descorre el misterioso velo que nos oculta la eternidad. Hay una delicia indefinible en el éxtasis de la oracion, comparable solo á las magníficas visiones de los profetas escogidos por el Señor. Cuando se llora por los que han dejado de ecsistir, cuando se reza de hinojos sobre una losa funeraria, parece que se siente en derredor un ambiente perfumado, y que el beso de la madre que goza ya de la bienaventuranza viene á reanimar la marchita frente. Creemos verla vagando en alas de querube en el vacío, entre mi-

llares de estrellas lucientes como el diamante y el topacio, y entonces anhelamos el momento en que abandonando esta mansion de miseria, nos unamos á los justos para entonar la eterna oracion de la felicidad perdurable.

Almas que sufris! buscad consuelos en el mundo y no los encontraréis; buscadlos en la oracion y escuchará vuestra plegaria, Dios que es el padre de todas las criaturas, y que por su amor probó tambien el dolor y la amargura! *El*, revestido de la naturaleza humana, oraba para realizar sus grandes designios y aconsejaba la oracion á todos los desgraciados.

Si buskais ideas de uncion y de fé, no os separeis jamás de la senda del bien, y para orar leed, leed siempre los libros sagrados, eco sublime de la voz del Señor.

1851.—FRANCISCO ZARCO.

## EL ALMA BUSCA A DIOS.

A MI BUEN AMIGO

EL SEÑOR DON MANUEL CARPIO.

CONTEMPLA el hombre la feraz natura  
Sobre la tierra prodigando flores,  
Contemple de ese sol á los fulgores  
El vasto mar y cielo de zafir:  
Levante al infinito el pensamiento  
Y mire á Dios en trono de diamante,  
Teniendo ante su vista penetrante,  
El pasado, el presente, el porvenir.

La viviente cadena de los seres  
Pender se mira de su diestra mano,  
Y á su soplo de vida soberano,  
Fecunda se anima la creacion.

Todo vive: la esencia de la vida  
Presta al insecto y la ballena aliento;  
Y el hombre como el águila del viento  
Se reproduce por sublime union.

Mas el hombre en la escala de los seres  
Como un sol en zenit, grande aparece,  
Que el alma entre los seres le engrandece,  
Y se acerca incesante á su Señor:

Que un porvenir divino ante su vista,  
Un Dios potente le presenta amante,  
Y en el iris de paz, en mar bramante,  
En lo terrible y bello ve á su Autor.

Pensando en el misterio de la vida,  
Al ver la inmensidad del firmamento,  
¿A quién no se revela en el momento  
Un ser mas grande que el humano ser?

Cada objeto es en sí maravilloso,  
Es la flor un objeto organizado,  
Lo es tambien el gusano, y elevado  
A mayor perfeccion el hombre lo es.

De la necesidad la ley palpable  
Se convierte en placer si se obedece;  
Sentid para gozar, que el orbe ofrece  
Bellas campiñas, nubes de arbol:  
Va todo á un fin de dicha y armonía  
En el inmenso mundo, siempre vario,  
A un objeto le es otro necesario:  
El agua al pez; al bruto, viento, sol.

En calma está la espléndida natura,  
Mirad la aurora colorando el cielo,  
Mirad la flor abriéndose en el suelo  
Para beber su llanto de placer;

Contemplad á los cisnes en los lagos  
Gozarse en el cristal esplendoroso,  
Y cual luz en los aires, fulguroso  
El argentado pez aparecer.

Mirad esa corona diamantina  
Que de aquel monte la cabeza adorna,  
Es de cándida nieve que se torna  
A veces en raudales de cristal:  
Ellos fecundan de la agreste falda  
Los ásperos recintos con su riego,  
Porque en mil partes se dividen luego,  
Y son arroyos, lo que fué raudal.

En ese lago que tranquilo vemos  
 Cual un espejo de luciente plata,  
 Ved reflejar el sol que se retrata,  
 Muy mas grandioso en el viviente mar:  
 Cortejo de la luna pudorosa  
 Son en la noche fúlgidas estrellas,  
 Ved el cometa reflejando entre ellas,  
 Y en su curso sus luces ofuscar.

Y entónces, al momento, del Eterno  
 Comprenderéis la gloria que le guía,  
 Cual comprende la vírgen en un día,  
 El poderoso influjo del amor:  
 Y entónces alzaréis el pensamiento  
 Mas allá de las formas materiales,  
 Y en los tranquilos lagos y raudales  
 Mirareís algo mas, un Hacedor.

Truena la tempestad, revienta horrible  
 El ardiente volcan, retiembla el mundo,  
 Desde el abismo de la mar profundo,  
 Se levantan las olas con furor.

Todo es fatal: la noche con sus sombras,  
 Del *¿qué será?* la imágen representa;  
 Mas esa duda que el horror aumenta,  
 La fé mitiga con ferviente ardor:

La fé que á Dios revela, porque el alma  
 Es grande, y necesita un ser divino,  
 Y busca sin cesar aquel camino  
 Que la conduce á su alta magestad;  
 Que entre la nada conque el hombre lucha,  
 Cuando entre tumbas su razon se estrella,  
 Cruza una luz entre el cadáver y ella,  
 Que un mas allá le muestra de verdad.

Dejando el hombre el pestilente polvo,  
 Y alzando á otra region la fantasía,  
 Encuentra en cada estrella la luz pía  
 Que alumbrá un porvenir de salvacion;

Detras del firmamento un Dios alcanza,  
 Cuando su mente en su afanar inquieta,  
 Sobre el ala de fuego del cometa  
 Férvida recorre la creacion.

Nada revela á Dios, cuando rastrera  
 Se enfanga el alma en la materia muda,  
 Todo le muestra un Dios, cuando desnuda  
 De la materia, vuela con la fé.

Que innato un sentimiento tiene el alma,  
 Un gérmen de esperanza y de consuelo,  
 Que su alma impele hácia el remoto cielo,  
 Donde hay un Ser en quien la dicha ve.